

JARDINES ANDALUCES

¿Gobiernan el arte fórmulas generales que la tradición transmite? Sus formas, sus expresiones, se modifican necesariamente bajo la influencia de cotidianas exigencias, cuyo conjunto imprime a todas las obras de una época y de una región una fisonomía peculiar, que está en armonía, no sólo con los principales rasgos de sus costumbres, sino también con las tendencias y la vivacidad de su espíritu, con su genio propio. Mejor que toda obra de arte, los jardines se deben a la colaboración de la Naturaleza y del hombre. Reflejan los sentimientos y los gustos de una raza, expresan la manera cómo interpreta la Naturaleza; resumen, después de siglos de experiencia en que sus tradiciones se establecen, los resultados de su perfecta adaptación al suelo.

En Andalucía, antes de atraer a su fértil tierra, bajo un cielo casi siempre azul, a los industriosos latinos, recibió primero la simiente de la civilización asiática de los libios, de los fenicios, de los más audaces pueblos de Oriente. Después, la floreciente Bética romana, ya enriquecida con preciosos trabajos de irrigación y de arte grecorromano, recibe de los godos y de los normandos influencias, normas extranjeras y nuevas.

Más tarde, la ingeniosa suntuosidad de los jardines de Persia, que bajo los aqueménides llegó a ser el foco de las fuerzas intelectuales y artísticas del Asia, impresionó de tal manera a los árabes invasores, que, tomándola éstos, más artistas y artesanos, quisieron rodearse de idéntico lujo.

De Damasco y de la Siria los llevaron consigo a la tierra predestinada de Andalucía, donde ya los romanos habían implantado, sin duda, como en Pompeya, modelos encontrados en sus colonias de Asia.

Elevaron, probablemente, desde la sierra de Córdoba hasta la espuma blanca del Mediterráneo. ¿No cubrieron de suntuosos jardines La Sabina montañosa, las colinas de Tivoli, de Preneste y de Baya? Cicerón reprodujo en Tusculum algunos jardines de Atenas; era célebre el fausto de los de Horacio, de Escipión, de Lúculo; y en sus cartas describe Plinio el Joven muy detalladamente los suyos.

Los recién llegados — orientales más refinados y más delicados — trajeron a esta tierra, enriquecida ya de tantos esfuerzos, sus gustos por los colores vivos, los perfumes penetrantes, los mármoles raros, las aguas abundantes y ligeras.

Los exquisitos artistas de Persia introdujeron sus métodos y sus leyendas.

Al dibujo hábil de los edificios se asociaba la ciencia del trazo de los jardines, de la combinación de plantas olorosas, de flores brillantes, de frutos, de sombríos follajes, con innumerables fuentes, pozos discretos y menudos surtidores de agua, encuadrados por deslumbradores esmaltes. Los emparrados y las enredaderas de rosas, los arcos de laureles, de bojes, de cipreses, los setos, las altas paredes de mirtos, debieron ser accesorios de un fondo común a todas las tradiciones de jardinería, entremezcladas en esta tierra de voluptuosidad fecunda, tan a menudo envidiada.

La simetría en la ordenación, sin recordar jamás las amplias formas de los jardines franceses de los siglos XVI y XVII, se conservaba en el secreto de altas murallas. Era cerrado el jardín destinado a las mujeres. *Hortus conclusus*, dice la Biblia. Pero en los cruceros, en los extremos de las avenidas de mármol y porcelana, se levantaban pabellones, ligeros y frescos abrigos, cuyas terrazas permitían a los ojos de las mujeres recluyeras escaparse de la clausura y gozar del panorama.

En el trazo rectangular de las alamedas, en los cuadrados rigurosamente limitados, donde se incrustaba a menudo un cuadro de sendos arbustos, brillaban, entre arbolitos y palmeras, flores esparcidas al gusto del jardinerío: tulipanes y jacintos, claveles, rosas y jazmínes... Los cipreses sombríos, siempre verdes — árboles de la Venus asiria —, símbolos de la perpetuidad de la vida o de la inmortalidad del alma, realizaban con sus negras siluetas, veneradas siempre, las flores tiernas de los almendros, de los melocotones, de los duraznos que los sabios jardineros persas habían traído de Europa. En los cuadrados, formados por un trazo geométrico riguroso, estas plantas eran dispersadas con intención, irregular y caprichosamente distribuidas.

La regularidad del conjunto no era la misma del triste y monótono jardín del Escorial; tampoco la fría complicación de nuestros ornamentos de flores, sino un lugar encantado en que el cielo ardiente y azul, la frescura del agua y de las hojas, los perfumes, los colores, y juntamente el orden y el capricho, conspiran a la creación de un paraíso de delicias.

Las tradiciones seculares, las inspiraciones y obras heteroclitas de pueblos diversos, fundidas en un ardiente crisol, se armonizaron hábilmente en este nuevo laboratorio intelectual de Europa.

Arte para nosotros singular el de estos jardines, en un pueblo cuyo refinamiento, hoy castizo, proviene de muy antiguas culturas; arte diez mil veces secular, que inspiró a la Italia del renacimiento, y luego a Holanda, a Francia y a Europa toda. Arte no sólo oriental o árabe, sino hispanooriental. Arte admirable, que del siglo IX al XV se extendió hasta Marruecos, donde se le encuentra hoy reducido, es cierto, a sus principios rudimentarios, y conservado así inmutable en la inmovilidad árabe.

A Persia, hogar intelectual y artístico del Asia de los primeros siglos, se había atribuido este nuevo foco de las tierras occidentales. En los jardines de estos países de la sed, de estío reseco, el agua es el elemento más precioso y esencial. Es la vida, la fertilidad de la tierra. Las gentes de Asia expresan en un proverbio su importancia como fuente de placer y de riqueza: «Tres rumores son, sobre todas las cosas, agradables a los hombres: la voz de la mujer amada, el sonido del oro y el rumor del agua». La sutil ingeniosidad de estas razas afinadas halló en el agua voluptuosidades y riqueza. Para hacerla más deseable aún, se la multiplica en menudos surtidores, se la recoge en mármoles y lozas deslumbrantes, para que así sean más sensibles su frescura y su limpieza. De los pozos se esparce en fuentes azules, en pequeños canales brillantemente coloreados, como estuches de piedras preciosas. Corre y sigue nuestros pasos entre la vegetación exuberante y caprichosa. Cautivadora ingeniosidad de artífices de genio que han sabido exaltar los gozos

de las aguas fecundas y frescas, las bellezas de flores innumerables por la riqueza del cuadro en que las colocaban, que han dominado al mismo tiempo el brillo de los colores, de los perfumes, la dulce tentación de los frutos, sujetándolos a un perezoso diletantismo.

Y con tal fin van dispuestos estos jardines en terrazas horizontales que imponen la repetición de algunas gradas, objetos también de decoración, encantadora variedad de niveles diferentes netamente asentados.

Y por eso también tienen su aspecto saliente estas avenidas y se diferencian de las de otros países de Europa: sirven de avanzadas de tierras, de pequeños diques que facilitan el riego.

Sobre las lozas ardientes en verano, menudos cursos de agua brotan refrescando el suelo y el aire. Riego automático que se convirtió más tarde en esas «sorpresas de agua», imitadas después sin razón en los jardines de Italia y posteriormente en toda Europa.

El desorden feliz de las flores y de los sombrajes en los cuadrados hubiera podido poner en el conjunto alguna confusión. El jardinero andaluz imaginó incrustarlas en setos espesos. Su verdor sombrío hace notar las líneas del trazo, oculta la crudeza de la tierra cultivada, y da un fondo sólido al brillo de las flores.

Setos, murallas, sea de bojes que crecen lentamente, sea de mirtos perfumados, sea de arbustos de vegetación fácil y rápida, y negros cipreses, son el oscuro fondo de belleza en estos jardines soleados y azules.

¿Qué debían ser los jardines de la Alhambra, obras desgraciadamente efímeras, desaparecidas hoy bajo las tormentas que los asaltaron y de los cuales queda — único testigo de su esplendor abolido — una fuente de mármol que surgió bajo la piñeta de los obreros al pie de la torre de las Damas?

Jardines cuyo elogio hizo grabar un poeta árabe desconocido en las paredes del mirador: «Me parezco a un océano de placer y de belleza. Mi jardín no tiene rival en el mundo: es semejante a la novia hermosa que todos desean.»

* * *

Cuando los países del norte de Europa estaban en plena barbarie, Asia se cubría de palacios y jardines en los que, artistas ingeniosos y refinados, combinaban mármoles, cerámicas esmaltadas, agua, flores, perfumes, canto de los pájaros, para crear jardines maravillosos que se llamaban paraisos.

Dos corrientes se establecieron verosimilmente: las tradiciones de Asia Menor y Persia se difundieron en Grecia. De Grecia inspiraron los jardines de Roma. En el siglo de Augusto, los jardines eran obras fastuosas en los que la moda imponía, no solamente que se imitase a los griegos, sino que se adornase el jardín con algunas de sus obras maestras.

Estas mismas tradiciones se conservaban con maravillosa persistencia en el corazón de Asia cuando los musulmanes, partiendo del Yemen, de invasión en invasión penetraron en Persia.

¿Habían aprendido de sus más próximos vecinos el arte de Babilonia y de Ni-



JARDINES DEL REAL SITIO DE LA GRANJA (SEGOVIA).

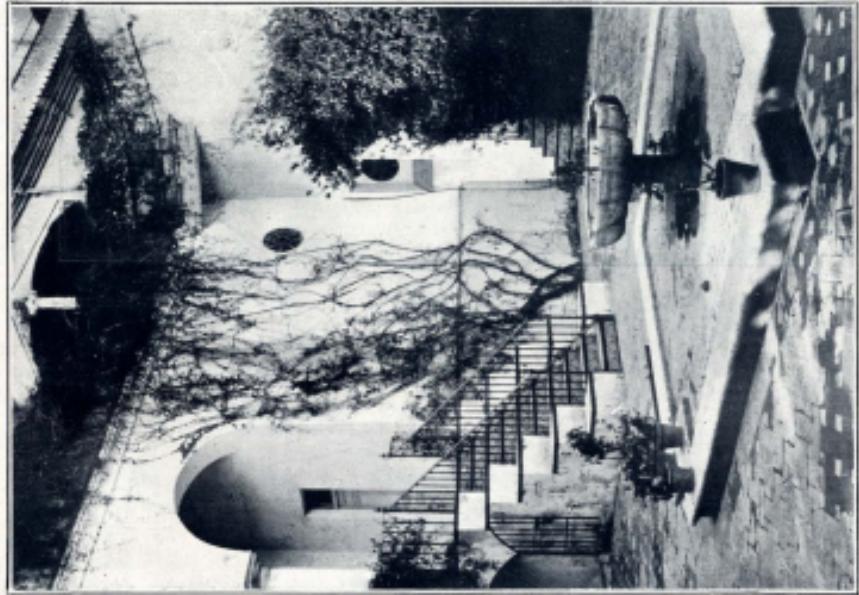
Fot. A. Byne.





JARDINES DEL ALCAZAR DE SEVILLA.

Foto, A. Byne.



JARDIN EN UN PATIO DEL ALCAZAR DE SEVILLA.

nive, o de sus antiguas tradiciones dedujeron su arte propio, implantado en el norte de África primero y después en España?

En la magnífica evolución artística de la España árabe del siglo VIII al XIV, con su apogeo en tiempos del gran monarca Abderramán, los jardines simbolizaron la elevada civilización del país; han pasado ocho mil años desde entonces.

Es oportuno recordar las palabras de Francisco Bacon, por las que da principio a su ensayo *Of Gardens*: «Dios Todopoderoso plantó en el principio un jardín, lo que es el más puro de los placeres humanos y el mayor recreo para el pensamiento del hombre, sin el cual, casas y palacios no son más que toscas obras de su mano; los hombres, mientras que las civilizaciones tienden hacia un mayor refinamiento y elegancia, conocen primero la arquitectura monumental antes de alcanzar a la belleza del jardín, como si el arte de éstos fuese una perfección mayor.»

En España, junto a los restos antiguos, subsisten las tradiciones. El arte de los andaluces, heredero de los jardines persas de Damasco, vuelve a florecer.

Tal vez no se encuentre la sutileza de las obras antiguas del siglo X al XIV. Podemos conseguir cabal idea de ello comparando con los de Andalucía los restos de los antiguos jardines de Persia y de la India musulmana.

Para ser lugares de reposo, de frescura y de placeres, unen, al verde sombrío de los mirtos, de los bojes, de los cipreses, a la tibieza de las umbrias, a la frialdad de las aguas, los perfumes penetrantes y vivos del día y de la noche; a las flores, que nunca faltan, los colores armoniosamente rivales de los azulejos.

Los perfumes no son en ellos un azar, como en los grises pueblos del norte, sino un elemento esencial, que desempeñan un papel importante en la composición de una obra completa.

Un sevillano, interesado por los jardines, visitó los más famosos de Francia e Inglaterra. Admiró múltiples disposiciones, y singularmente las vastas *pelouses*, que son en España costosísimas de lograr, difíciles y raras; pero las flores, cuya abundancia y brillo se le había ponderado, no le causaron impresión alguna. Su falta de entusiasmo provenía de haber encontrado todos esos grandes parques y todas esas flores sin olor. La observación era justísima, pues los perfumes son, en efecto, una de las gracias, una de las voluptuosidades más grandes de los jardines españoles.

Desde que termina el invierno, los naranjos embalsaman la atmósfera. Siguen luego jazmines y rosales, las madreselvas, la retama que los andaluces llaman gandumbo, la hierba de Santa María (*Tenacetum balsamita*), los dondiegos de noche (*Mirabilis jalapa*). Más tarde, en las noches cálidas, las pequeñas plantas llamadas damas de noche (*Cestrum nocturnum*), propagan por todas partes su triunfante y violento olor a heliotropo.

A estos aromas penetrantes se une el de los claveles, que, en la atmósfera cálida, se anuncia desde lejos.

En otoño, a la dama de noche suceden las florecitas amarillas suavemente odoríferas del *Cestrum aurantiacum*, después las de los nisperos del Japón, muy numerosas. Y las hojas del espliego, del romero, de los limoneros (*Lippia citriodora*), los cuales se plantan siempre a la puerta de las casas. ¡Imposible detallar todos los perfumes!

La forma más elemental de jardín es la del patio, con los caminos en cruz, dibujando cuatro macizos regulares de relieve, bordeados por setos tallados, una puertecita en el centro, a veces canales de mármol o azulejos y el piso de color.

Los grandes conjuntos se obtienen multiplicando este elemento en un dibujo cuadriculado, ensanchando algunas avenidas, variando la forma de los estanques, combinando mil fantasías ingeniosas a las corrientes de agua, llevada de uno a otro extremo al descubierto, de terraza en terraza, uniendo a los colores y perfumes, en la ardiente luz, el verde sombrío de las magnolias, de los arcos de ciprés, de los bojes, de los muros de odoríferos mirtos, de la hojarasca de bronce de los laureles y naranjos.

Tales jardines son cerrados.

Los pueblos meridionales, exuberantes y desconfiados a la par, aman la intimidad de la vivienda. Semejante deseo excluye las amplias vistas hacia el exterior, salvo en las terrazas de terrenos montañosos, cuya pendiente es una protección, y desde las terrazas de pabellones y miradores. Blanqueados o revestidos de azulejos contribuyen a la variedad de aspectos, a la decoración de las reducidas perspectivas — abrigos contra el calor o contra el viento, en donde el delgado surtidor de agua canta en la taza de mármol o en el estanque de cerámica su canción refrescante —. En este recinto secreto, profusamente, flores innumerables, perfumes, umbrías, pequeños juegos de agua de murmullo continuo, solicitan todos los sentidos.

La afición apasionada por el color se manifiesta en los contrastes violentos que dan a las flores un brillo sorprendente: junto a un muro muy blanco es la proximidad de las flores suaves de los melocotoneros, de los almendros, de los albaricoqueros y del ramaje negro de los cipreses, el abrazarse de los rosales a un tronco sombrío; en otro lado, anémonas o tulipanes están circundados por espesos mirtos; laureles rosales elevan sus flores contra un muro, por encima del cual estalla el azul claro de una masa de *plumbago* bajo el azul intenso, violento, del *Volubilis vivace* (*Ipomea Leari e I. rubrocaerulea*).

El azul, color poco frecuente de las flores, es, por el contrario, el color dominante de las cerámicas del jardín, y nada iguala a su armónica y suntuosa viveza en el verde del ramaje, junto a la blancura de muros y mármoles, en el rojo fuerte de los ladrillos, entre las rosas de Bengala y las margaritas blancas de *Anthemis*, al lado de los amarillos triunfantes de las gazanias, de los crisantemos, de los soles o de las rosas de Persia. Sobre esta orgía de colores deslumbrantes se despliega el azul profundo del cielo, se extiende la luz chispeante, embriagadora, que ahoga todas las violencias con su esplendor, una luz de Paraíso terrestre.

* * *

En la región privilegiada de la España mediterránea, bajo su suave clima, y sobre todo en Andalucía, las estaciones se dividen en dos períodos: el otoño es lluvioso, el invierno es variable, con escaso frío por la noche, que llega hasta 1 grado, muy raramente hasta 4 ó 5 por debajo de cero; a los 10 el Sol ha triun-

fado sobre este exceso del termómetro, calentando la atmósfera. Pero desde la primavera hasta el otoño, de mayo a octubre, son cinco o seis meses de cielo inalterablemente azul, de sol triunfante, con frecuencia agotador. Este sol brillante que calienta y fecunda sin cesar las tierras fértiles, acaba por ser agotador y mortal. Durante esos seis meses de cielo muy azul, no hay que contar con el velo de las nubes o los beneficios de la lluvia. ¡Por eso el agua constituye una riqueza! Es en el calor de estos meses ardientes imprescindible para todo y para todos; su mismo frescor es una voluptuosidad. Para darla más valor y preservarla, se la lleva de fuente en fuente en innumerables y discretos depósitos, en pequeños canales, en los que está engastada en mármoles y azulejos de esmaltes brillantes. Muy raramente se encuentran grandes cascadas o surtidores, pues el agua es preciosa y escasa, y además es más agradable multiplicarla en forma de mil pequeños surtidores refrescantes. Más útil, ciertamente, porque las disposiciones que parecen arregladas para dar a estos antiguos jardines andaluces su encanto singular, son también las más lógicas y mejor adaptadas a las condiciones de su clima. Permiten conseguir con poco gasto y rápidamente abundante vegetación, mientras que si se utilizasen las formas, las disposiciones y, sobre todo, los perfiles empleados corrientemente en la Europa septentrional, no se conseguirían, excepto tal vez en las regiones húmedas del litoral, a pesar de numerosas dificultades, trabajos y gastos, más que resultados poco satisfactorios.

El trazado general consiste, pues, en una serie de cuadrados o rectángulos formados por el cruce de los paseos. La disposición particular de éstos causa gran extrañeza a los que ven por primera vez los antiguos jardines andaluces y árabes, pues, al revés de la costumbre europea, son más altos que el piso cercano del jardín, y como deben estar limitados a ambos lados por pequeños muretes, es lógico aprovecharlos recubriendolos con un revestimiento. Además, el polvo en verano y el lodo cuando las intensas lluvias de otoño, hubieran sido dos graves inconvenientes para los pies desnudos de los musulmanes y los ligeros calzados de los andaluces.

En las regiones montañosas el revestimiento casi siempre se hace en mosaicos de pequeños cantos de color, cuyos dibujos son con frecuencia muy complicados, en mármol (Granada). En otros lugares, con ladrillos, con azulejos, o asociando estos dos materiales con el mármol (Sevilla).

La unión del mármol y de los azulejos en el enlosado de patios o paseos de jardines es frecuente en Marruecos.

Un depósito alimentado por acueductos, por manantiales o por corrientes subterráneas elevadas por medio de norias, o, actualmente con aparatos más modernos, distribuye el agua, ya directamente en las regueras que bordean los caminos, ya en depósitos secundarios y fuentes dispuestas a la vez para el riego y para la decoración, lo más frecuentemente en el encuentro de las avenidas. Nada es tan extraordinario para el que conoce el secreto de estos jardines como la ingeniosa fantasía de las habilísimas transformaciones de la distribución del agua necesaria para el riego. Para gozar mejor de la contemplación del agua, casi siempre se la conduce por pequeños canales descubiertos.

En el antiguo alcázar de Córdoba baja por los costados de una escalinata. En el Generalife circula por la parte alta de las rampas de la escalera. En la Alhambra sigue los ejes en canales de mármol.

El riego, que en los países septentrionales es perjudicial durante el día, cuando hace calor, es mortal en los países muy cálidos, cuando es lento y practicado por aspersión, es decir, con manga o regadera. Por esto es necesario regar abundantemente y desde la misma tierra.

Es pues imprescindible disponer el jardín por superficies horizontales, limitando cada una de ellas, con objeto de retener el agua, por caballones de tierra.

Los famosos jardines del Generalife están formados de tal manera por varias terrazas, en las que el agua abundante, procedente de los montes próximos, baja sucesivamente; a cada uno de estos cambios de nivel presenta ingeniosamente formas y juegos nuevos: canal, estanque o grutas, surtidores múltiples, taza, etc...

Lo que se conserva de los jardines del Generalife es bien poco: restos muy interesantes, a los que se ha añadido, con escasa fortuna, partes nuevas. Ese palacete fué construido en tiempos del rey de Granada Mohamed Alhamar, quien multiplicó en los alrededores de la Alhambra los jardines y los patios poblados de mirtos y naranjos. El mismo rey, cuentan, dedicábese en las horas de recreo a cultivar sus flores.

De los habitantes y del autor del Generalife apenas se sabe nada. Algunos quieren ver en él la vivienda del artista persa constructor de la Alhambra. Es más probable que fuese una de las casas de recreo de un príncipe de la familia de los reyes de Granada. Contreras cuenta que un americano se había presentado con documentos árabes, al parecer auténticos, de cuyo examen se deducía que la casa y su jardín eran obra de un cautivo cristiano. Es posible; pero, en tal caso, estaba penetrado del arte de sus maestros persas.

En los jardines del alcázar de Sevilla el visitante no cree estar en un terreno accidentado o en cuesta; sin embargo, entre los extremos del jardín hay considerables diferencias de nivel. Del palacio, construido en la parte más elevada, el terreno baja hacia el Guadalquivir; así, las diversas partes, cada una de las cuales está en un plano horizontal, se limitan por muretes o pequeñas diferencias de nivel, que se salvan por escaleras, aprovechadas también como elementos de decoración en el jardín.

El estanque o depósito principal de agua se instala en la parte más elevada, y cada una de las preciosas fuentecillas que marcan el cruce de los caminos, son los pequeños depósitos secundarios, de los cuales el agua sale a regar los cuadros inmediatos.

Sin entrar a analizar las razones de estas disposiciones, los antiguos jardineros andaluces y los propietarios del país las adoptan siempre instintivamente y por tradición.

Un aristócrata español, hablando de los antiguos jardines de su país, por los cuales tenía gran afición, me hacia estas observaciones: «Se trazan siempre con pasos rectos pavimentados con ladrillos y cerámicas de color; pero su carácter reside, sobre todo, en la sucesión de pequeñas diferencias de nivel, lo que obliga a hacer

muretes de contención, que pueden recibir tiestos, y escaleras, cada una de las cuales tiene aspecto y color diferentes.

Para él esos muretes y escalerillas prestaban, en parte, su carácter al jardín. Es exacto; pero solamente respecto al resultado. Son consecuencia de la disposición por diversos planos horizontales, necesaria para el buen funcionamiento de los riegos.

Estas rápidas observaciones no se refieren más que a los antiguos jardines españoles, pues desde el siglo XVI casi todos los grandes jardines reales o señoriales—Aranjuez, La Granja, el Retiro, Boadilla—se inspiraron en modelos franceses, y a veces italianos, como el jardín, mucho más moderno, del Laberinto, cercano a Barcelona.

* * *

Las comparaciones entre los jardines de diferentes países, singularmente entre los italianos, ingleses y franceses, son numerosas. Se repite con mucha frecuencia que «los franceses dibujan un jardín, los italianos lo construyen y los ingleses lo plantan». Peladan decía que los italianos hacen un jardín de historia, los franceses un jardín cortesano y los ingleses un jardín pintoresco.

Los españoles son jardines de frescor, de colores y de perfumes. Su tradición vino de Asia, traída por los árabes, con los que iban artistas persas. Se unen así a las más antiguas obras humanas que conocemos. Por Grecia, por las tradiciones romanas, por los jardines de los fatimitas en Sicilia, por los de los almohades y almoravidés en España, fueron ellos los inspiradores del renacimiento de los italianos, de los franceses, de los holandeses, es decir, de todos los europeos.

Los romanos poblaban sus jardines con estatuas, decorábanlos con jarrones, con obeliscos, con columnatas y terrazas.

Sin duda los árboles desempeñaban papel importante para los fondos oscuros, sobre los que se destacaban las líneas arquitectónicas de las piedras y los mármoles, y como sombra. Pero el aspecto general, a pesar de las flores y de los árboles y del agua abundante, produce la impresión de un continuo desarrollo arquitectónico accesoriamente embellecido por la Naturaleza, mucho más que la de una composición destinada a realzar la abundancia de flores y la agradable diversidad de las plantas. En ellos dominan las obras del arquitecto y del escultor. El fin que se proponían era edificar un jardín: *Hortos aedificare*.

Por el contrario, en el antiguo jardín andaluz, dédalo rectangular, mil flores diversas rivalizan con los ladrillos, con las cerámicas de color de los pisos, bancos y fuentes, limitados por el ramaje obscuro de los arbustos, siempre verdes, con el murmullo del agua bajo la penumbra de los árboles y arbustos espaciados que atraviesa un sol cegador.

Todo está hecho para las plantas, con objeto de obtener de su intimidad con ellas los más vivos goces.

Limitadas por la línea regular de los setos oscuros, las flores y los arbustos espaciados como al azar, no cansan la vista con la sequedad de una sucesión de líneas dibujadas, produciendo un aspecto de brillante belleza.

El sencillo trazado rectangular es suficiente para dar la impresión de una composición clara y de la ordenación rigurosa del conjunto.

Estos jardines adquirieron su forma propia en Andalucía, la Bética, tierra propicia, preparada por una larga civilización latina.

Estaban tan perfectamente adaptados al clima y a las costumbres de los países mediterráneos, que se han perpetuado en España. Es interesante observar que fueron los jardineros andaluces los que llevaron los principios de su arte a los países árabes del norte de África.

El texto español de un pasaje de la *Descripción de España y África*, por Ben-Said, lo testifica (véase *Almacasin*, tomo I, pág. 106 de la edición de Leyde):

•De las provincias de Andalucía, reunidas a su imperio del Mogreb, han hecho venir los emires almohades Iusef y Jacub-el-Mansur, los ingenieros y los arquitectos que han dirigido las construcciones mandadas levantar por aquéllos, en Marruecos, Rabat, Fez Mansurah... No es menos sabido que al presente (1237) la prosperidad, el esplendor mogrebino, parece haberse extendido hasta Túnez, donde el sultán actual hace construir monumentos, labrar palacios, plantar jardines y viñas a la manera andaluza.

•Todos sus ingenieros y arquitectos son naturales de aquella tierra, como los alarifes, los carpinteros, los alfareros, los pintores y los jardineros. Andaluces son los que trazan los planos de los edificios y jardines o los que los copian ateniéndose a los monumentos de su país.»

Los restos que se encuentran aún en California, en Méjico, en las antiguas colonias españolas y portuguesas de América del Sur — sobre todo en los jardines de conventos —, atestiguan la influencia de los jardineros españoles.

Pero ningún otro país como Andalucía ha conservado algunos viejos restos de éstos jardines, que antaño llenaron de flores y perfumes las ciudades florecientes de España.

J. C. N. FORESTIER.

